

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN ARABIA SAUDÍ: LA ALIANZA POLÍTICO-RELIGIOSA ENTRE EL WAHABISMO Y LA CASA SAUD

PALOMA GONZÁLEZ GÓMEZ DEL MIÑO
Universidad Complutense de Madrid

DAVID HERNÁNDEZ MARTÍNEZ
Universidad Europea de Madrid

1. INTRODUCCIÓN

Arabia Saudí es uno de los Estados más relevantes de Oriente Medio y de la esfera musulmana, debido a su enorme transcendencia religiosa y su influencia política. En su territorio se encuentran La Meca y Medina, lugares sagrados para los creyentes del islam. Es la cuna del wahabismo, una interpretación rigorista y ortodoxa del sunnismo. Esta corriente desempeña una doble función básica para la monarquía como legitimador del régimen dinástico y factor de unificación nacional. El centro de poder e identidad nacional están fuertemente marcados por el reconocimiento excepcional a la corona y al ideal wahabí.

El Estado moderno de Arabia Saudí se constituye en 1932, tras la reunificación del interior de la península arábiga bajo los Saud. El régimen político y social establecido responde a los objetivos de la familia real. El país es patrimonializado para garantizar el control de la monarquía sobre todo el territorio y la población. La identidad nacional se convierte en un elemento esencial para la cohesión interna de la sociedad, estableciendo una singular relación entre ciudadanos y corona, donde la religión desempeña una labor fundamental.

La identidad nacional en Arabia Saudí es un producto formulado desde las élites de poder, al mismo tiempo que se consolida y crece el Estado moderno. El nacionalismo oficial tiene que superar otro tipo de

referencias e identidades que están más arraigadas en el territorio como son las connotaciones territoriales, tribales, clanes o diversas corrientes religiosas. Existe una constante tensión entre las filiaciones subalternas y los principios y valores estipulados directamente por el régimen. El wahabismo sirve de impulsor de una identidad centralizada, que intenta homogeneizar y limitar la diversidad y pluralidad en la sociedad.

El nacionalismo saudí oficial parte de la histórica alianza político-religiosa entre la Casa Saud y la élite wahabí. Un acuerdo de reforzamiento y apoyo mutuo, así como de reparto equilibrado del poder político y religioso. El ser saudí está asociado de esta forma a una corona y confesión concretas. El resultado es que la condición nacional, fe y Estado son representaciones directas del régimen político y del poder de los príncipes saudís. Sin embargo, la identidad nacional es una realidad que es cuestionada desde diferentes frentes y corrientes, que presentan alternativas diversas sobre el país y la condición nacional.

La identidad saudí procede de un simbolismo y relato dado desde las élites hacia la ciudadanía, donde se vincula lealtad religiosa y política con pertenencia nacional. El wahabismo tiene un papel esencial en la vertebración de un discurso similar a través de las distintas capas de la sociedad. No obstante, el discurso nacional deja de ser un constructo planteado por el poder y acorde a los intereses del régimen, pasando progresivamente a ser un espacio de disputa. La identidad nacional en Arabia Saudí es una realidad compleja y en constante proceso de redefinición, que implica la discusión sobre el papel de la religión.

2. OBJETIVOS

Arabia Saudí representa un objeto de estudio aprehendido desde distintos ángulos académicos y perspectivas teóricas. El sistema político, la sociedad, las relaciones internacionales y regionales, historia, cultura y economía son ámbitos analizados y debatidos prolíferamente en las últimas décadas, sobre todo, con la consolidación del Estado saudí como un actor relevante en el entorno y a escala mundial. No obstante, la propia identidad nacional y su vinculación con el poder monárquico y la religión es una cuestión que suele pasar desapercibida. El trabajo sitúa

como foco analítico la evolución histórica del nacionalismo saudí y la influencia del wahabismo.

El objetivo de la investigación es examinar y describir la evolución histórica del concepto nacional en Arabia Saudí, a través de dos elementos determinantes en su formulación: la religión y el poder político. En este sentido, la identidad nacional está vinculada a la construcción del propio Estado moderno desde su fundación en 1932, lo que implica una fuerte ligazón con el desarrollo del régimen monárquico de los Saud y con el papel predominante del wahabismo. Las singularidades identitarias en el reino no pueden ser comprendidas en su totalidad sin aproximarse a la alianza Saud-Wahab.

La observación de la identidad nacional deriva en tres objetivos complementarios de la inicial. Por un lado, atender a las características más distinguibles de la relación entre los príncipes saudís y la élite wahabí. Por otro, discernir la influencia y relevancia de la condición religiosa en la formulación e implementación del constructo nacional saudí a lo largo del período. En último lugar, detallar las corrientes sociales y políticas dentro del reino que ponen en cuestión el nacionalismo central, planteando nuevas acepciones del ser saudí y rebatiendo los principios y referencias identitarias del régimen.

La finalidad de la investigación es por tanto conocer pormenorizadamente la realidad nacional desde una perspectiva evolutiva, en relación con los constantes cambios, transformaciones y tensiones que surgen sobre el concepto. La identidad saudí es un producto inicialmente creado desde el poder político-religioso, pero que encuentra cada vez más resistencias y alternativas ideológicas. El wahabismo supone un concionante significativo en la historia reciente del país y en la propia organización estatal y social del territorio.

3. METODOLOGÍA

El capítulo analiza la construcción de la identidad nacional en Arabia Saudí, realizando un análisis multidimensional e histórico de los componentes constitutivos del mismo. Se asienta en un enfoque trasversal que abarca principalmente la perspectiva religiosa y la dimensión

política. La exposición de este tipo de metodología conduce al trabajo a focalizarse en dos componentes analíticos principales. Por un lado, los rasgos y características generales de la sociedad saudí, como la religión, la procedencia étnica, tribal o familiar, que condicionan la relación del individuo con la comunidad y el propio Estado. Por otro lado, las medidas del Gobierno para difundir un tipo de nacionalismo acorde con los intereses de los Saud, que sirva como vínculo básico de fidelidad entre la población y sus dirigentes.

Los supuestos de la investigación son tres: A) la nación en Arabia Saudí es un producto identitario concebido desde la monarquía, que sirve como vector para garantizar la unidad territorial y la lealtad al poder establecido; B) el wahabismo y la Casa Saud son los estamentos sobre los que se constriñe la nación saudí, pero estos principios quedan superados por nuevas interpretaciones, que presentan un panorama más fragmentado e inconcluso y, por tanto; C) la identidad nacional saudí no fue originalmente una construcción surgida desde la propia sociedad, pero su conceptualización está sometida a constantes transformaciones a partir las diferencias de los distintos grupos.

El trabajo se detiene pormenorizadamente en los elementos más determinantes del concepto nacional: el wahabismo y el poder de la dinastía Saud. La evolución de esta simbiótica alianza durante las últimas décadas determina en buena medida la trayectoria del país. Igualmente, este artículo aborda el contexto religioso, étnico e institucional como aspectos propulsores y a la vez limitantes de identidades políticas y sociales, pero entendiéndolos no como realidad estática sino como un proceso en constante transformación. En todos ellos sigue desempeñando un papel protagonista la religión.

La investigación se estructura en dos grandes ámbitos de estudio, que se encuentran engarzados. En primer término, un breve repaso sobre los pilares cofundacionales que conforma el Estado saudí y la estructura de poder. En segundo lugar, un análisis detallado de la identidad nacional a través de la referencia de la monarquía y la religión. El trabajo permite contextualizar los principales debates de la agenda política y social saudí de la actualidad. Además de proporcionar una visión más compleja y heterogénea del reino y de la propia identidad nacional.

4. LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO SAUDÍ

La evolución conceptual de la identidad nacional está relacionada con el desarrollo del Estado y la forma de gobierno. Todas las instituciones promovidas desde el poder atienden a los intereses del clan Saud. Las actuaciones públicas y estatales están supeditadas a las prioridades familiares. La patrimonialización del país se produce tanto en lo político como en espacios sociales y privados (Gause, 2018:35-36). Este control de cualquier aspecto viene dado por las dificultades históricas por consolidar una autoridad única en el territorio. Los príncipes saudís son conscientes de las complicadas coyunturas de su reino.

El Estado moderno de Arabia Saudí se constituye en 1932, cuando el líder de la familia Saud, Abdulaziz bin Saúd, consiguió reunificar todo el centro de la península arábiga. No había existido hasta entonces un poder lo suficientemente fuerte para prevalecer sobre el resto de las facciones locales, dificultando la constitución de una unidad política. Desde el siglo XVIII, el clan saudí intentó en repetidas ocasiones imponer su autoridad sobre los demás grupos (McHale, 1980:625-627). La historia del país estuvo marcada durante más de dos siglos por las constantes luchas tribales, así como la presencia en enclaves estratégicos de potencias extranjeras como otomanos y británicos.

Los Saud tienen muy presente las dificultades que tuvieron sus antepasados para lograr una posición hegemónica, que los ha llevado a imponer un modelo de autoritarismo cerrado, donde la concentración de responsabilidades se reduce a círculos limitados de confianza. Los máximos dirigentes del país muestran un extremado recelo por preservar la estabilidad y cohesión interna, intentando reducir las divergencias que puedan erosionar la legitimidad del régimen. Durante casi un siglo, la monarquía configura un Estado acorde con sus intereses políticos (Hernández, 2019:61-67), que garantice su perdurabilidad en el poder y contenga cualquier amenaza externa o interna.

La supervivencia política de la Casa Saud está ligada inexorablemente a las circunstancias domésticas y regionales. Cualquier problema en estos dos escenarios puede abocar a cambios inesperados y afectar directamente al estatus del rey. Los descendientes de Abdulaziz bin Saúd han

conseguido continuar con su legado político, trascendiendo el liderazgo de la dinastía a todo Oriente Medio y a la esfera musulmana (Gallarotti y Al Filali, 2013: 6-10), pese a las numerosas resistencias internas y externas. Las aspiraciones del Estado saudí superan los márgenes fronterizos, implementando una amplia y compleja acción internacional, que adquiere una importancia semejante a la nacional.

La construcción estatal fue simultánea a la consolidación de la emergente élite gobernante, los Saud, generando una estrecha identificación entre el Estado y la familia real, que recae sobre un sistema político autoritario y cerrado, el modelo de desarrollo rentista y un prototipo de funcionamiento patrimonializado y clientelar. La forma de Gobierno es la monarquía absolutista, donde el rey asume máximas competencias políticas y religiosas (Nevo, 1998: 35-37). Es jefe del Estado y Guardián de los Santos Lugares, lo que le confiere un simbolismo sagrado. Todas las decisiones son tomadas en última instancia por el monarca, no existiendo división de poderes alguna.

El modelo saudí de autoritarismo cerrado, que concibe la política interna con un enfoque paternalista exento de contrapesos, tampoco reconoce una base mínima de libertades y derechos civiles y políticos. Es un país donde no existen los partidos políticos, ni una oposición fuertemente articula, así como una sociedad civil escasamente desarrollada, lo que hace verdaderamente complicado poder proyectar corrientes de crítica o disidencia (Domínguez de Olazábal y Hernández Martínez, 2021: 29-30). La relación de estricta obediencia entre los gobernantes y los gobernados se fundamenta en el factor religioso-ideológico, es decir, la correlación entre la sumisión al monarca con la obediencia a Alá en una mezcla difusa entre lo divino y lo terrenal.

La actividad estatal se dirime entre las personalidades más próximas a la corona. En ellos predominan cuatro facciones que intentan influir en las decisiones del rey. La propia familia real supone el actor político más relevante en el país, con cerca de 5000 miembros directos, copan los principales puestos de responsabilidad de las estructuras gubernamentales (Mouline, 2009: 54-57). Dentro del clan existen varias ramas o tendencias que persiguen hacer prevalecer sus propósitos sobre los demás

familiares. La sucesión en el trono se convierte en una cuestión central y en el punto de mayor disgregación dentro del clan.

Los estamentos wahabís son el segundo agente más influyente en el entramado institucional de poder. El wahabismo como elemento legitimador del poder de los Saud desempeña un transcendental papel en la estabilidad y perdurabilidad del régimen (Alrebh, 2017: 283-284). El pacto político-religioso dota de legitimidad a la monarquía a cambio de no interferir en el ámbito y control religioso, educativo y judicial del país. Las figuras más representativas del wahabismo del país tienen un considerable alcance en la formulación de políticas y medidas, siendo el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, el altavoz oficial por el cual hacer llegar sus reivindicaciones.

Un tercer grupo que adquiere en los últimos tiempos un gran peso son todos aquellos sectores sociales ligados al régimen. Grupos que prosperan en distintos ámbitos estatales como Fuerzas Armadas y servicios de inteligencia, empresas nacionales del sector energético o bancario, que no pertenecen a la familia real ni tienen una relación directa con el wahabismo. Son todos aquellos altos funcionarios de la administración pública, que con el desarrollo del Estado asumen cierto protagonismo (Alnuaim, 2013: 37-39), llegando a ocupar tareas de gran relevancia. Sus labores en asuntos de seguridad y defensa, economía, educación o diplomacia les conducen a estar en el entorno más cercano del rey, convirtiéndose en el nexo entre la ciudadanía y Gobierno.

La fragilidad del reino saudí en su constitución le llevo a buscar respaldo internacional. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se convirtió en el valedor más distinguido de la Casa Saud en el extranjero (Pollack, 2002: 78-79). Con el tiempo otras potencias occidentales estrecharían lazos con el país árabe. No obstante, y, aunque los príncipes saudís no toleran injerencias foráneas en sus deliberaciones internas, la dependencia que aún tiene el Estado en cuestiones como el campo militar y flujos comerciales, generan que sus relaciones con la Administración estadounidense y otros polos mundiales sean un factor condicionante de algunas de sus medidas.

5. ESTADO RENTISTA: FORTALEZAS Y DEBILIDADES

Arabia Saudí posee un modelo de desarrollo rentista. El crecimiento económico y progreso está inducido por la explotación de recursos energéticos. El Estado cuenta con importantes reservas de petróleo y gas, siendo uno de los principales productores mundiales y considerado un agente clave a escala internacional (Lippman, 2012: 38-42). La nación árabe debe parte de su excepcional poder a sus capacidades petroleras y su posición estratégica en Oriente Medio, que le hacen ser primordial para la estabilidad de la zona y los intereses de terceros. Contando con el apoyo estadounidense y los beneficios obtenidos de estos sectores, los Saud han podido sostener económicamente su régimen y financiar sus planes nacionales y regionales.

La economía saudí estuvo poco desarrollada hasta la década de los treinta, donde la riqueza provenía de los escasos espacios de agricultura disponibles y los enclaves portuarios de las costas. Inversores extranjeros, fundamentalmente europeos y estadounidenses, comienzan a organizar las primeras prospecciones en el territorio. El crudo se convierte en el motor de crecimiento, dando lugar a una fuerte dependencia entre la riqueza generada y el número de barriles producidos (Even y Guzansky, 2016). Para la Casa Saud, el petróleo tiene el mismo peso que el discurso wahabí o la fuerza militar, ya que es el responsable último del sostenimiento del sistema estatal.

El petróleo conduce a la modernización del país, principalmente desde la década de 1970, con el alza de los precios de los hidrocarburos. No obstante, el modelo rentista presenta considerables deficiencias que derivan en problemas estructurales para una economía mono dependiente y escasamente diversificada. La mayor parte de las industrias del país dependen de una forma u otra del devenir del sector petrolero y gasista. La importancia vital de estos elementos impide una diversificación de las fuentes de riqueza y de la actividad productiva (Hernández, 2020: 50-51). Todos los ciclos de crecimiento han estado determinados por la evolución de los precios del petróleo.

Este desarrollo presenta numerosas insuficiencias y condiciona la viabilidad del país a largo plazo. No obstante, durante más de siete décadas

el régimen saudí ha logrado mantener intacto el patrón con algunas adaptaciones y modificaciones. La Casa Saud no puede desprenderse de esta dinámica económica que tantos réditos políticos le proporciona. El modelo rentista puede ser insuficiente para sistemas políticos democráticos o más aperturistas, pero para el caso de Arabia Saudí este arquetipo está cumpliendo con claridad su finalidad (Izquierdo, 2007: 3-5). Permite un control absoluto de la economía por parte de la familia real, convirtiéndolo en un patrimonio más del clan las principales industrias, empresas y capitales de la economía nacional.

La monarquía saudí supone la presencia preeminente del apellido Saud en todas las esferas del Estado y la sociedad. La patrimonialización de las instituciones estatales y sociales más importantes de Arabia Saudí cumple con un doble objetivo, por un lado, ratificar que las medidas del rey son asumidas en todos los ámbitos del territorio, por otro, sostener la situación destacada del clan y los grupos más afines con respecto al resto de la población (Hertog, 2010: 11-13). Este hecho se alcanza gracias a la representación de los Saud en los principales puestos de decisión, diversificando las actividades que realizan los miembros del clan en tareas fundamentales para la pervivencia del régimen.

El particular modelo de Estado del Bienestar saudí es propio de una economía rentista y un funcionamiento netamente clientelar. El desarrollo de este modelo se asienta en un concreto contrato social, por el cual la población saudí consiente de manera tácita una gobernanza no consultiva ni participativa, a cambio de un vasto sistema de ayudas, garantías y prebendas, que se resumiría en: *no taxation equal no representation* (Mattews, 2016: 62-64). El papel pasivo en la vida política de los nacionales saudís, aparentemente se compensaría con las escasas responsabilidades que les demandarían las autoridades, reducido a mantener una posición leal al Gobierno y la familia real.

Los ciudadanos saudís sufren de una doble dependencia. Primero, el desarrollo del país y el Estado y, por tanto, su propio porvenir depende directamente de la evolución de la actividad petrolera y gasista (Aarts y Roelants, 2015: 25-27). Segundo, las posibilidades de progreso individual están muy ligadas al tipo de relación que se tenga con las autoridades. Las principales empresas son estatales y suponen, junto a la

administración pública, los motores más importantes de creación de empleo. El nacional saudí encuentra recompensada su fidelidad por redes de ayudas sociales, subvenciones y una baja presión fiscal, que garantiza un mínimo de bienestar económico en contraposición a los reducidos espacios de participación política permitidos.

6. LA CASA SAUD Y LA IDENTIDAD NACIONAL

El poder de la dinastía Saud se fundamenta en el control de un territorio y población, el uso de la religión como vehículo de ideario político, la patrimonialización de las instituciones y la identificación directa de las enseñas nacionales con la familia real. Arabia Saudí remite directamente al país de los descendientes de bin Saúd (Sanger, 1947: 180-181). El ciudadano saudí es caracterizado por ser súbdito del rey, lo que le confiere una serie de obligaciones y ciertos derechos, así como le distingue del resto de poblaciones musulmanas y árabes. La identidad nacional parte de toda una idiosincrasia política y religiosa que tiene como principio la familia real y se disemina en todos los ámbitos.

El mayor logro interno de la Casa Saud es la de asociar el apellido familiar con un país. Una de las características determinantes del elemento nacional saudí es que se construye desde dos interacciones complementarias: A) la relación entre el rey y los súbditos y B) la relación entre la monarquía y los actores extranjeros. La preponderancia de los príncipes Saud dentro de sus fronteras está estrechamente condicionada por su trayectoria a escala regional, puesto que un principio esencial de la identidad como Estado es el papel que pretenden desempeñar en la esfera árabe y musulmana.

Los saudís son educados bajo los principios de fidelidad y excepcionalidad. El primer presupuesto implica una obligada lealtad a la familia real, quienes son asumidos como los legítimos líderes de la comunidad y representantes del poder tanto religioso como político. El segundo fundamento posee una correspondencia especial, porque en el subyace la idea de que Arabia Saudí y los Saud y tienen una tarea *divinitas* dentro de las comunidades musulmanes de todo el mundo, ya que son los protectores de los lugares del profeta y de la difusión de su palabra (Bayram,

2014: 258-259). Este razonamiento les influye en su discurso al apelar a un estatus especial y reivindicar un trato preferente.

La relación entre los saudís y sus gobernantes se desarrolla bajo un claro contexto de condicionalidad. El ciudadano adquiere una serie de obligaciones con respecto a la comunidad y a las propias autoridades, que rigen de forma precisa la convivencia en el reino. El margen entre lo correcto o incorrecto está claramente limitado. El buen nacional es aquel que responde ante la voluntad del monarca y que no cuestiona las decisiones. El desacato puede conllevar la represión o la marginación, llegando a convertirse en una clase excluida y subalterna, que sin perder su nacionalidad deja de ser parte activa del país.

La identidad nacional se construye bajo el pretexto de subordinación de cualquier individualidad a favor del conjunto y, sobre todo, en beneficio de la perdurabilidad de la corona. No existe ninguna característica más importante que la fidelidad a la corona, que es la máxima expresión del país. La monarquía se compromete a conceder a los ciudadanos determinadas garantías en su vida, siempre y cuando cumplan con sus cometidos como *civis bonus*. Existe una especie de gratificación divina por ser buen creyente y súbdito, ya que la fe es vinculada con la lealtad política. No obstante, el nacional saudí puede obtener ciertas prebendas en vida (Alhoussein, 2019: 3-5). La organización implementada por los Saud está proyectada para asegurar su dominio y hacer una distribución acomodaticia de la riqueza y las cotas de poder.

La monarquía se responsabiliza de la seguridad de sus conciudadanos y también de proporcionarles un cierto nivel de vida, respondiendo a sus demandas materiales. Los saudís renuncian a derechos y libertades individuales y colectivos para vivir en un régimen que, en principio, les garantizan que no sufrirán la violencia e inestabilidad que padecen en otros territorios próximos. La recompensa por la adhesión nacional, ausente de crítica, se llega a materializar en diversas oportunidades que ofrece el Estado. Su funcionamiento clientelar favorece un sistema de coacción y favoritismo (Priego, 2017), que premia a aquellos ciudadanos que no ponen en cuestión los cimientos del régimen.

La identidad nacional saudí sobrepasa los límites propios de encuadre a un ordenamiento jurídico y vinculación con un grupo social específico, para transformarse en una especie de conflictividad dual entre castigo y gratificación. La tensión por responder a los altos estándares que marca ser o no un buen ciudadano está presente en el día a día de la población, viéndose obligados a optar en todo momento por su lealtad a la corona por encima de otros intereses. El incumplimiento de este particular sacrificio es habitualmente reprimido con dureza por las autoridades (Menoret, 2016), pero mantenerse dentro del estrecho marco de la corrección política y social es premiado por el Estado.

La definición de identidad adscrita a la corona y su control político está cuestionada desde tres ámbitos. Por un lado, en la sociedad saudí aún siguen muy arraigados los vínculos religiosos, étnicos y familiares, que adquieren un peso igual o superior al del propio elemento nacional. Por otro, diferentes corrientes políticas, de tinte progresista y aperturista, rebaten severamente la concepción de país y las restricciones en derechos y libertades de los individuos (Tønnessen, 2016: 18-20). Finalmente, posiciones más conservadoras y rigoristas que intentan hacer prevalecer una visión política y religiosa muy delimitada.

Arabia Saudí era una tierra de constantes rivalidades entre clanes hasta hace menos de un siglo. Las filias parentales y el reconocimiento de pertenencia a un determinado clan o comarca está muy presente aún entre los saudís (Maisel, 2015). Las propias costumbres y tradiciones tribales siguen rigiendo parte del sistema jurídico y político. Desde la monarquía se intenta anteponer la lealtad a la corona y la identidad saudí sobre estas señas, debido al temor de división social. La familia Saud aparece como supuesto elemento de unión entre las diversas partes que componen el territorio. La población chii saudí es la que muestra más resistencias a este tipo de nacionalismo que intenta homogeneizar el país con una sola confesión (Nasr, 2007: 236-239).

Crítica y disidencia no son tolerados públicamente en el reino. Solo algunas voces reconocidas se les permiten detracciones no excesivamente discrepantes, como a las figuras más relevantes wahabís. Las corrientes contestarias son perseguidas y castigadas (Lacey, 2009: 304-306). El Estado recompensa a quienes conservan los valores de lealtad y

fidelidad con la corona. La identidad nacional versa sobre el nexo entre ciudadanos y príncipes, en los que los primeros renuncian a sus derechos y libertades, mientras los segundos les aseguran seguridad y comodidad. Cuando alguno de estos principios se quiebra por una de las partes es cuando surgen las fricciones internas.

El elemento nacional y la relación explícita que viene dada entre gobernante y súbdito comienza a ser rebatida desde diversas posiciones. Corrientes progresistas, aperturistas y el movimiento feminista ponen en tela de juicio el acuerdo condicionado entre monarquía y ciudadanía (Al-Rasheed, 2011a: 12-13). No plantean una enmienda total al régimen, pero sí estipulan formas que intenten ampliar derechos políticos derivados de tal nacionalidad y superar la tensa dicotomía entre el buen ciudadano y creyente. En contraposición, en el reino tienen una consideración especial las corrientes más conservadoras y rigoristas. Estos sectores propugnan la identificación nacional fuertemente ligada a la religión, que debe seguir estando en el centro de la vida diaria de los saudís. Incluso algunas posiciones más radicales anteponen sus interpretaciones del islam por encima de la autoridad de los Saud.

La relación entre los Saud y la significación nacional se establece también en la escala regional. Los dirigentes del reino tienen una doble aspiración política, primero, consolidarse como únicos *auctoritas* del país y, segundo, ser un referente en el Golfo y el resto de Oriente Medio. La ambiciosa proyección internacional viene dada por una concepción de su rol en el mundo y en la región muy concreta. Debido a factores culturales, religiosos y geoestratégicos, los saudís se autodefinen como líderes naturales y *primus inter pares* de las naciones musulmanas (Ehteshami, 2012: 264-265). Esta circunstancia tiene una consecuencia directa sobre el tipo de identidad que se construye en Arabia Saudí.

La nacionalidad le concede al ciudadano saudí una personalidad socio-política diferencial con respecto al resto de vecinos árabes o hermanos del islam. Desde la corona y el wahabismo se difunde un discurso que esboza un mapa conceptual del mundo donde los Saud y los saudís están en el centro (Ottaway, 2011). El protagonismo se debe a su peso religioso y político, que les convierten en elemento clave de las coyunturas regionales. Este rasgo identitario sitúa a sus ciudadanos en un nivel

moral aparentemente superior al resto de poblaciones vecinas. En suma, ser saudí tiene la corresponsabilidad de cumplir con la misión de defender la corona, proteger los Santos Lugares y difundir una interpretación muy particular y literal del islam.

7. WAHABISMO Y DISCURSO NACIONAL

La religión goza de un protagonismo transcendental en la política, sociedad e historia de Arabia Saudí. La relación entre el wahabismo y los príncipes saudíes se remonta al siglo XVIII, cuando el centro de la península arábiga era aún un espacio fragmentado. El clérigo Muhammad bin Al-Wahab llega a la zona controlada por el clan de los Saud, buscando protección ya que sus enseñanzas le habían acarreado la expulsión de los principales centros de estudios coránicos de Oriente Medio (Martín, 2013: 23-25). Su visión rigorista, ortodoxa y conservadora del islam no fue acogida de buen agrado en otras partes del entorno, pero los líderes saudíes encontraron en sus postulados el perfecto argumentario para justificar su poder y las pretensiones de unificar todo el territorio colindante con La Meca y Medina.

Durante más de tres siglos, los discípulos de Al-Wahab han encontrado en los Saud los perfectos aliados. La familia real garantiza dos cuestiones al wahabismo. Por un lado, la protección absoluta de esta corriente frente los posibles ataques de otras vertientes religiosas. Por otro, según avance el poder saudí, ir llevando a cabo una tarea proselitista para difundir sus principios más elementales (Al-Rasheed, 2011b). Esta última tarea es ampliada por el Gobierno en las últimas décadas, convirtiéndolo en una pieza más de su acción exterior. Arabia Saudí está reforzando su presencia como referente ideológico entre las poblaciones árabes y musulmanes, a través de la difusión de los preceptos wahabíes en centros de culto repartidos por todo el mundo.

La contraparte de la alianza es que el wahabismo debe siempre responder a los requerimientos políticos de los Saud. Primero, sirve como recurso adoctrinador entre la población y la vía discursiva para legitimar el poder de la dinastía (Nielsen, 2016), desempeñando la labor de resonancia pública del Gobierno entre los creyentes, predicando un relato

favorable a la autoridad del rey y su familia. Segundo, el wahabismo es utilizado como muro de contención ideológico ante críticas y oposición. En el ámbito nacional, los preceptos wahabís ayudan a controlar y penalizar la disidencia entre la ciudadanía. A escala internacional, contraargumentan los polos más beligerantes con el estatus predominante de Arabia Saudí en la región.

La institucionalización nacional del wahabismo es desplegada al mismo tiempo que se establecían los pilares del Estado moderno. Los Saud cedieron espacios a la religión en aquellas parcelas donde consideraron pudiera ser más útil para la consolidación de su poder. La educación, justicia y cultura son los campos donde la responsabilidad recae directamente en las más altas figuras wahabís (Stenslie 2012: 44-48). En los Gobiernos de los distintos monarcas siempre ha habido presencia de líderes religiosos, quienes también forman parte de los círculos más próximos de la familia real. Su poder se traduce en ministerios y en una policía religiosa, *mutawa*, que supervisa que en la esfera pública no se produzcan comportamientos tachados de indecorosos.

La influencia social del wahabismo se ve plasmada en el arraigo que la religión tiene entre el conjunto de la población. Los preceptos wahabís son difundidos desde las escuelas, universidades, medios de comunicación y mezquitas. Es un elemento fundamental para el sentido que los saudís dan a su propia existencia. La dimensión política de esta corriente no queda reducida a su peso institucional, además tiene una repercusión directa sobre el tipo de políticas que se formulan y las medidas que el Estado proyecta al exterior (Dahl 2018: 8-10). Las fricciones con la corona surgen en algunas ocasiones al rebatir las intenciones más aperturistas del rey, o bien, al condicionar algunas de sus estrategias internacionales referidas a alianzas con terceros Estados.

Se establece una particular relación entre el wahabismo y el ciudadano saudí. La religión no deja de ser un espacio de enorme intimidad y recogimiento para el individuo, que encuentra en los preceptos de Al-Wahab un mensaje claro y conciso del comportamiento individual y colectivo admitido (Ungureanu 2011: 140-142). Estos axiomas presentan un estricto y directo planteamiento sobre las características del buen creyente.

Sin embargo, debido a la coexistencia con el poder político, la corriente wahabí no deja de ser percibida por muchos saudís y fieles como un elemento de coerción de sus libertades y derechos. La convivencia política con la familia Saud erosiona la credibilidad de esta rama del islam con respecto a su fuerza emancipadora.

Las relaciones internacionales de Arabia Saudí están delimitadas en buena medida por la importancia que la religión tiene en el reino. Esta condicionalidad se produce en tres entornos distintos. En un sentido, la visión wahabí del islam, la política y el mundo influye en la propia percepción que los Saud tienen de su rol en la región y en la comunidad internacional. De la misma forma, la cuestión religiosa pasa a ser uno de los puntos prioritarios de la agenda exterior de la familia real (Hitman 2018: 86-87), que hace uso de ello para proteger sus objetivos. Finalmente, el resto de los gobiernos y poblaciones esbozan una imagen definida del Estado saudí según la propia síntesis del wahabismo, asociándolo directamente como uno de los rasgos más representativos.

La identidad nacional de Arabia Saudí tiene como una de sus bases fundamentales la corriente wahabí. Esta interpretación es una de las señas esenciales del país (Bossemberg, 1998) junto a la familia Saud y el trasfondo histórico y cultural del territorio. El wahabismo favorece la elaboración del rasgo saudí desde un aspecto de juicio y presunción moral. El nacionalismo no solo se explica como una conceptualización netamente política, sino también como una disyuntiva desde presunciones éticas y una serie de valores comúnmente aceptados. Gracias al factor religioso, las autoridades estatales pueden poner énfasis tanto en las señas identitarias como en la importancia de clarificar el buen ciudadano y el malo. La relación entre Gobernante e individuo se estipula desde estos dos planos, quedando intrincado los derechos y deberes del individuo a su responsabilidad religiosa.

El wahabismo es el componente causante de dar a la identidad nacional su conexión directa con el islam (Mabon 2016: 112-115), vinculando el ser saudí con ser creyente. Si una de estas dos facetas de la misma realidad queda postergada entonces se rompe completamente la síntesis de la propia nacionalidad. No se trata solo de una identificación jurídica o

política sino un asunto que trasciende a lo espiritual. Esta particular visión de la religiosidad es la que introduce la moralidad en este campo y combina ciertos valores con obligaciones cívicas. Instauro la consecuencia de que el súbdito leal a la corona tiene que ser también un fiel seguidor y respetuoso creyente de la comunidad wahabí.

La fuerte presencia nacional del wahabismo genera numerosas tensiones en la sociedad saudí y ciertos problemas externos para el Gobierno de los Saud. La identificación de ciudadano con una confesión religiosa concreta impide que se puedan manifestar otras formas de representación nacionalista. La población saudí chií que se concentra mayoritariamente en la provincia oriental del reino se encuentra enfrentada a los propios dirigentes estatales y al resto de compatriotas por el hecho de procesar otra rama del islam (Teitelbaum 2010: 72-73). Las reivindicaciones de los chiís culpabilizan abiertamente a los preceptos wahabís que son promulgados desde las instituciones públicas, como el mayor causante de su situación de exclusión, marginación e incluso persecución que sufren.

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2011, la atención internacional se centró en las relaciones del Estado saudí y el wahabismo con determinados grupos radicales (Gause 2009: 141-143). Su imagen exterior comenzó a quedar seriamente erosionada, al tiempo que la amenaza yihadista crecía por todo el mundo. Desde sectores de las sociedades occidentales y desde la propia tradición islámica se cuestiona la validez del fundamentalismo wahabí, ya que se estima como una doctrina excesivamente inflexible y severa en sus planteamientos. Pero la Casa Saud no tiene intención de romper con una parte cofundacional del Estado y la de la propia identidad del país.

Los últimos monarcas de Arabia Saudí han intentado equilibrar las dos facetas del reino, protegiendo las expresiones wahabís más próximas al poder e introduciendo paulatinamente una imagen de mayor apertura. Pero esta correlación bidimensional resulta complicada de mantener en el tiempo. Los agentes sociales más conservadores siguen presionando a la corona para que la identidad nacional se mantenga en unos estándares tradicionales e inmovilistas. Las posturas más liberales, que

históricamente son marginadas por la corona (Dekmejian 2003): 401-403 aún perseveran por introducir códigos comunes menos ligadas al autoritarismo cerrado de la monarquía, así como deshilar la influencia del wahabismo en el devenir político y social.

La Casa Saud se opone a disolver su alianza con el wahabismo por varias razones: en primer lugar, perdería su principal herramienta discursiva de legitimidad, así como muro de contención ante la disidencia; en segundo término, tendría en frente a un poderoso espectro crítico, ya que los círculos wahabís están muy presentes en las principales instituciones del país; en tercera cuestión, la corriente religiosa resulta todavía muy útil para los propósitos políticos de la corona, que necesita de su retórica para presentarse al mundo como potencia regional. Finalmente, para preservar la identidad nacional, la religión es un vector esencial de unión en la población, a pesar de las numerosas diferencias y tensiones que surgen entre la ciudadanía.

El wahabismo se dota de un excepcionalismo semejante al que los Saud apelan para sus objetivos políticos. Para los seguidores de esta corriente su interpretación representa la única y válida explicación de la palabra del profeta (Valentine 2015: 21-25), ya que se rigen por unas enseñanzas literales y rigurosas. El resto de las ramas del islam muestran una visión errada, por lo que uno de los cumplimientos de los seguidores de Al Wahab es la tarea proselitista de enmendar las falsas creencias del resto de musulmanes e ir aplicando sus preceptos. Esta misión engarza con la tarea que los príncipes saudís se autoencomiendan cuando defiende su preponderancia en Oriente Medio y en la esfera musulmana.

La identidad nacional saudí está fuertemente demarcada por el wahabismo en cuanto que se sitúa en el plano de significación moral, dotando al individuo de una serie de obligaciones y compromisos éticos con la comunidad y sus gobernantes, que son tomados como protectores y emblemas del país y de la confesión religiosa (House, 2012: 26-28). Pero las enseñanzas wahabís son además un soporte de relevancia para la construcción de la definición y singularidad saudí, ya que encarga a todos los ciudadanos la labor de reconducir al resto de creyentes por la correcta fe. Bajo esta lógica, los nacionales saudís deberían sentirse privilegiados por su religión y por la monarquía que los lidera.

8. CONCLUSIONES

La construcción histórica de la identidad nacional de Arabia Saudí es un fenómeno elaborado desde las élites de poder, que combina componentes que aluden al arraigo religioso, las tradiciones y costumbres, así como al establecimiento de la particular relación entre gobernantes y gobernados. La sociedad saudí nada tuvo que ver inicialmente en la formación de una esencia nacional. La creación del Estado y la implementación de la monarquía fueron los que propiciaron el desarrollo y patrocinio de un discurso nacionalista. Las poblaciones del centro de la península arábiga comienzan a hacer suyo un producto que inicialmente les resultaba ajeno e incluso impuesto.

La alianza político-religiosa de la Casa Saud y el wahabismo es el pilar sobre el que se apoya y fundamenta el ser saudí. El vínculo entre el clan familiar y el clero wahabí propició la unión del reino, la proyección del Estado moderno, la fuerte presencia en el escenario regional y la premisa de una doble fidelidad. El ciudadano de Arabia Saudí debe supeditar toda ligazón étnica, política o cultural a la lealtad a la corona y el seguimiento de la doctrina de Al Wahab. El Estado saudí responde a los intereses políticos de los príncipes de la dinastía y se rige bajo los axiomas de la corriente religiosa. Cualquier cuestionamiento de estas premisas supone quebrantar la síntesis de la nación como sujeto subordinado a la corona y a la confesión concreta.

La razón de ser del nacionalismo saudí sigue determinada por los intereses de la monarquía. En primer lugar, impulsar la integración de todas las tribus y clanes que habitan en la península bajo una misma unidad política. En segunda instancia, fortalecer la legitimación del poder real, convirtiendo a la Casa Saud en el emblema superior de la nación. En tercer término, respaldar la figura de los príncipes ante la comunidad internacional y otros regímenes de la zona, consagrándolos como referentes del cinturón musulmán. Finalmente, inculcar el excepcionalismo que impera en el programa ideológico de la corona entre sus propios conciudadanos, haciéndoles partícipes indirectamente del estatus privilegiado y hegemónico que debe tener Arabia Saudí.

El resultado más positivo que ofrece la identidad nacional para los intereses de la Casa Saud es la participación de la población en la causa divina, que supuestamente todo saudí tiene por el mero de hecho de pertenecer a ese país. Todo el clan familiar se concedió, con la ayuda de la narrativa wahabí, de un simbolismo religioso excepcional, puesto que el rey se autoproclama Protector de los Santos Lugares. El Estado saudí ha involucrado a los ciudadanos en esta tarea, presentándoles como una recompensa extraordinaria y un estatus privilegiado frente al resto de poblaciones del entorno. El sujeto saudí tiene la presión de responder ante las figuras políticas y religiosas, pero es recompensando con la inclusión a pertenecer a la comunidad de la tierra del profeta.

El efecto problemático de este tipo de enseñanza es que contiene unos contornos muy constreñidos. Ser saudí lleva implícito el respeto y acatamiento de las decisiones del rey y las enseñanzas del wahabismo. Estas limitaciones dejan un espacio muy reducido para presentar una identidad nacional más amplia, ya que al estar construido para fortalecer el poder de los Saud y adoctrinar a la población, cualquier vertiente que intenta rebatir estas proposiciones es directamente tachada como disidente y herético. Todos aquellos saudís que sienten la pertenencia a esa comunidad, aunque no comparten las referencias a una monarquía autoritaria y la corriente wahabí, se encuentran en una frágil tesitura que los lleva a cuestionarse su deber frente al resto.

El concepto nacional es un marco moral que supera lo estrictamente político o jurídico. Los valores proyectados desde la corona y la religión describen no solamente una identidad sino también una manera de ser. El proceso histórico parece haber superado una primera fase donde fue descrito y dirigido desde el poder. En una segunda etapa están comenzando a surgir resistencias, que intentan impugnar esta forma de entender la nación y el individuo, además de ideas alternativas de país, Estado y ciudadanía. Este período es consecuencia directa de la evolución natural de la sociedad, que presenta diferentes vertientes políticas y religiosas. La tensión tiene lugar entre la parte oficial e institucional, que todavía sigue promocionando una identidad ligada a los pilares fundacionales del reino, y la heterogénea e independiente esfera que comienza a reformular los preceptos nacionales.

9. REFERENCIAS

- aarts, p. y roelants, c. (2015): *Saudi Arabia. A kingdom in peril*. Hurst & Company, London, 2015.
- Alhussein, E. (2019): “Saudi firts: how hyper-nationalism is transforming Saudi Arabia” en Policy Brief. ECFR/ECFR/288. June 2019. European Council on Foreign Relations. Disponible en: https://www.ecfr.eu/publications/summary/saudi_first_how_hyper_nationalism_is_transforming_saudi_arabia
- Alnuaim, M. (2013): “The composition of the Saudi Middle Class: a preliminary study” en GRC Gulf Paper. Gulf Research Center. October 2013. Disponible en: https://www.files.ethz.ch/isn/171150/Middle_Class_8157.pdf
- Alrebh, A.F. (2017): “A wahhabi ethic in Saudi Arabia. Power, authority and religion in a muslim society” en *Sociology of Islam*. 5 (2017): 278-302. doi 10.1163/22131418-00504001
- Al-Rasheed, M. (2011a): “Yes, it could happen here. Why Saudi Arabia is ripe for revolution” en Arab uprisings. The Saudi counter-revolution. POMEPS Briefings. 5. August 9, 2011. Project on Middle East Political Science: 12-14.
- Al-Rasheed, M. (2011b): “The Saudi complex: powers vs rights” en *Open Democracy*. 19 April 2011. Disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/saudi-complex-power-vs-rights/>
- Bayram, A. (2014): “The rise of wahhabi sectarianism and its impact in Saudi Arabia” en *Atatük Üniversitesi İlahiyat Fakültesi Dergisi*, Sayı: 42. Erzurum 2014: 246-261.
- Bosseberg, L.E. (1998): “Arabia Saudi. Tribalismo, religión, conexión con Occidente y modernización conservadora” en *Historia Crítica*. Nº 17, 1998.
- Dahl, GSB. (2018): “Understanding ‘the Islamic Cold War’: How can the growing rivalry between Iran and Saudi Arabia and their behaviour in recent years best be explained using IR theory” ” en *International Relations in the Middle East*. Sciences Po PSIA. Course ‘International Relations of the Middle East’. October 2018. Disponible en: <https://www.sciencespo.fr/kuwait-program/wp-content/uploads/2019/03/Gustav-Skjold-Bang-Dahl-Essay-International-Relations-in-the-Middle-East.pdf>
- Dekmejian, R. (2003): “The liberal impulse in Saudi Arabia” en *The Middle East Journal*, Summer 2003; 57, 3: 400 – 413.

- domínguez de olazábal i. y hernández martínez, d. (2021). La política exterior de Arabia Saudí: equilibrio entre factores domésticos y externos. *Revista Española de Ciencia Política*, 56, 21-47. Doi: <https://doi.org/10.21308/recp.56.01>
- Ehteshami, A. (2012): “Security and strategic trends in the Middle East” en Held, D. y Ulrichsen, K. (ed.): *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order. Part 3: Internationalisation of the Gulf. Security and foreign policy.* Chapter: 12, pp. 261-277. Routledge, Taylor & Francis Group, London, 2012.
- Even, S. y Guzansky, Y. (2016): “Saudi Arabia’s vision 2030: reducing the dependency on oil” en INSS Insight. The Institute for National Security Studies. N° 819, May 6, 2016. Disponible en: <https://www.inss.org.il/publication/saudi-arabias-vision-2030-reducing-the-dependency-on-oil/>
- Gallarotti, G; y Al Filali, I.Y.: “The soft power of Saudi Arabia” en Division II Faculty Publications. Paper 140. (2013). Disponible en: https://wescholar.wesleyan.edu/div2facpubs/140/?utm_source=wescholar.wesleyan.edu%2Fdiv2facpubs%2F140&utm_medium=PDF&utm_campaign=PDFCoverPages
- Gause, F.G. III (2018): “Saudi regime stability and challenges” en Al-Rasheed (ed.): *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia.* Hurst & Co. Publishers, London, 2018.
- Gause, F.G. III (2009): “Official Wahhabism and the sanctioning of Saudi-US relations” en Ayoob, M. y Kosebalaban, H. (ed.): *Religion and politics in Saudi Arabia, Wahhabism and the State.* Lynne Rienner Publishers, Inc. Londres 2009: 135-148.
- hernández, D. (2020). *El reino de Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio.* Editorial La Catarata.
- Hernández, D. (2019): *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016).* Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. 2019. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/51661/>
- Hertog, S. (2010): *Princes, brokers, and bureaucrats. Oil and the State in Saudi Arabia.* Cornell University Press, New York, 2010.
- Hitman, G. (2018): “Saudi Arabia’s Wahhabism and nationalism: the evolution of wataniyya into qawmiyya” en *Digest of Middle East Studies.* Volume 27, Number 1, pages 79-96. <https://doi.org/10.1111/dome.12131>
- House, K.E. (2012): *On Saudi Arabia. Its people, past, religion, fault lines and future.* Vintage Books, Nueva York, 2012.

- Izquierdo, F. (2007): “Poder y Estado rentista en el mundo árabe” en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*. N. 2. (2007): 1-31.
- Lacey, R. (2009): *Inside the Kingdom. Kings, clerics, modernists, terrorists and the struggle for Saudi Arabia*. Hutchison, London, 2009.
- Linnemann, H. (2015): “Politics and business in Saudi Arabia: characteristics of an interplay” en *Essay*. Paris School of International Affairs. Institut d’ Études Politiques Paris. Spring Term 2015 : Disponible en: https://www.sciencespo.fr/kuwait-program/wp-content/uploads/2018/05/KSP_Paper_Award_Spring_2015_LINNEMAN_N_Hannah.pdf
- Lippman, T.W. (2012): *Saudi Arabia on the edge. The uncertain future of an American ally*. Potomac Books. A Council on Foreign Relations Book. Washington, 2012.
- Mabon, S. (2016): *Saudi Arabia and Iran. Power and rivalry in the Middle East*. I.B. Tauris. London, 2016.
- Maisel, S. (2015): “The resurgent tribal agenda in Saudi Arabia” en *Issue Paper*. 5. 2015. July 30, 2015. The Arab Gulf States Institute in Washington. Disponible en: https://agsiw.org/wp-content/uploads/2015/07/Maisel_Resurgent-Tribal-Agenda.pdf
- Martín. J. (2013): *La Casa de Saud*. Editorial La Catarata, Madrid, 2013.
- Matthews, T. (2016): “Public finance and tax equity in the Arabian Gulf Monarchies” en *Journal of Global Initiatives: Policy, Pedagogy, Perspective*. Volume 10, Number 1. Special Edition on “Understanding Transformations in the Arabian Peninsula”. Article 5: 52-72.
- McHale, T.R. (1980): “A Prospect of Saudi Arabia” en *International Affairs Royal Institute of International Affairs*) Vol. 56, N° 4, (Autumn, 1980): 622-647.
- Menoret, P. (2016): “Repression and protest in Saudi Arabia” en *Middle East Brief*. Crown Center for Middle East Studies, Brandeis University. August 2016. N° 101. Disponible en: <https://www.brandeis.edu/crown/publications/meb/meb101.html>
- Mouline, N. (2009): “From generation to generation: the succession problem in Saudi Arabia” en *The Kingdom of Saudi Arabia, 1979-2009: evolution of a pivotal state*. Viewpoints special edition. The Middle East Institute. Washington D.C. 2009.
- Nasr, V. (2007): *The Shia revival. How conflicts within Islam will shape the future*. W.W. Norton Company, London, 2007.

- Nevo, J. (1998): “Religion and national identity in Saudi Arabia” en *Middle Eastern Studies*; Jul 1998, 34, 3: 34-53.
<https://doi.org/10.1080/00263209808701231>
- Nielsen, R.A. (2016): “The changing face of Islamic Authority in the Middle East” en *Middle East Brief*. May 2016, N° 99. Crown Center for Middle East Studies. Disponible en:
<https://www.brandeis.edu/crown/publications/meb/MEB99.pdf>
- Ottaway, D.B. (2011): “Saudi Arabia in the Shadow of the Arab Revolt” en *Occasional Paper Series*. Middle East Program. Summer 2011. Woodrow Wilson International Center for Scholars. Disponible en:
<https://www.wilsoncenter.org/publication/saudi-arabia-the-shadow-the-arab-revolt-summer-2011-0>
- Pollack, J. (2002): “Saudi Arabia and the United States, 1931-2002” en *Middle East Review of International Affairs*, vol. 6, n° 3, (September 2010): 77-102.
- Priego, A. (2017): “La reconfiguración de Arabia Saudí. Del modelo de los tres pactos a la Vision 2030” en *Documento de Opinión*. 16 enero 2017. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en:
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6057690>
- Sanger, R.H. (1947): “Ibn Saud’s program for Arabia” en *Middle East Journal*. Tomo 1. January 1, 1947: 180-190.
- Stenslie, S. (2012): *Regime stability in Saudi Arabia. The challenges of succession*. Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York, 2012.
- Teitelbaum, J. (2010): “The Shiites of Saudi Arabia” en Frandkin, H; Haqqani, H; Brown, E. et al. (ed.): *Current trends in islamist ideology*. Volume 10, 2010. Hudson Institute, Center on Islam, Democracy and the Future of the Muslim World. Disponible en:
<https://www.hudson.org/research/12478-current-trends-in-islamist-ideology-volume-20>
- Tønnessen, L. (2016): “Women’s Activism in Saudi Arabia: Male Guardianship and Sexual Violence” en *CMI Report | 2016*. CMI, CHR. Michelsen Institute. R2016:1. Disponible en:
<https://www.cmi.no/publications/5696-womens-activism-in-saudi-arabia>
- ungureanu, d. (2011): “Wahhabism, salafism and the expansion of Islamic fundamentalist ideology” en *Argumentum*. Journal of the Seminar of Discursive Logic, Argumentation Theory and Rhetoric. Editura Fundatiei Academic AXIS. July 2011.
- Valentine, S.R. (2015): *Force and fanaticism. Wahhabism in Saudi Arabia and beyond*. Hurst & Company, Londres, 2015.